

Pasión de realidad

FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO

Antonio Cabrera

Corteza de abedul

Tusquets, 2016.

«El árbol y delante yo, y un hueco / separándonos, aire separándonos». Ya en estos versos del poema que abre y da título a *Corteza de abedul*, Antonio Cabrera establece el planteamiento esencial del libro, que es la renovada indagación en torno a la relación del yo con lo otro, con los seres y las cosas que constituyen lo real, ese real que, como ajeno, impone su distancia a la conciencia individual. Es este, para mí, uno de los ejes principales en torno a los cuales gira desde el principio el impulso creador de la poesía de este observador apasionado que es Antonio Cabrera, ya desde *La estación perpetua*. «Todo es externo», afirmaba en ese libro. «El mundo me contiene», decía también, al tiempo que constataba «la niebla pura que son los pensamientos» a la hora de relativizar el alcance de toda reflexión sobre la realidad: «Mi pensamiento urdió un orden para el mundo / adelantado al mundo, una esperanza ciega, / un error más».

Una doble perspectiva de cercanía y distancia, de pertenencia y exclusión, sitúa al yo en una tensión dinamizadora entre pensamiento y sensibilidad, entre conciencia y emoción contenida, cuyo análisis es nuevamente el asunto del medio centenar de poemas que conforman la entrega imponente que es *Corteza de abedul*. Poema a poema el autor perfila, matiza y también saborea, por así decirlo, su relación con el mundo y los seres, construyéndola con una palabra poética precisa y compleja de ritmos, imaginación y metáforas, siempre tratando de compartir con el lector esa forma de inteligencia emocional que se despliega en múltiples facetas a lo largo del libro.

Resulta difícil dar cuenta en pocas líneas de la riqueza, la profundidad de penetración y la intensa sensibilidad que contiene cada poema del libro. Voy a limitarme a los aspectos que me parecen esenciales. En primer lugar a cómo se plantea en *Corteza de abedul* esa distancia a la que el yo sitúa lo real en su totalidad y en sus detalles. «Excluido de ti me reconozco», decía un verso de *Con el aire*. Y ahora, en el reconocimiento de lo exterior frente a lo que el pensamiento se queda corto, el programa se establece desde el primer poema: «Traje a casa corteza de abedul / para tener al lado, junto a todo lo mío, / una cosa que fuera lo contrario / a mí, / antídoto de mí...».

Árboles, aves, paisaje, todo afirma su presencia frente a los sentidos del minucioso observador que asume la insuficiencia de la palabra, simple balbuceo, ante la seguridad

exacta de una palmera solitaria, de la tierra que se pisa, de las variaciones de la luz o el viento y que, en «Desvío hacia un manantial», dedicado a Vicente Gallego, ya hacia el final del libro, acepta el silencio frente a la ensoñación oscura del origen que el viaje a la fuente propicia: «Que el fresno sea constancia, fronda oscura, / sin que yo lo pronuncie /.../ que en mí se amasen tedio o pasión pero/ sin testimonio mío».

La observación de una mantis religiosa lleva al propio extrañamiento: «¿Me está desconociendo en su cerebro y soy / mera mancha del mundo? /.../ Breve roce de dos universos que huyen. // Mi ser inaccesible/ deposita en la hierba, / con cuidado, / su ser inaccesible». Y en los versos finales de otro espléndido poema, «En la azotea», dedicado a Carlos Marzal, se suman diferencia y conciencia de la pequeñez del individuo frente al universo: «en el momento / en que operaban / los goznes más sutiles de mí mismo – banalidad de mí muy terca / que limpio con toallas y visto con camisas–, / justo entonces/ el águila ha agitado/ la bandera triunfante de lo que no soy yo».

Por otra parte, si el lenguaje parece insuficiente para penetrar en la esencia de las cosas, es preciso potenciar el conocimiento otro, el físico, corporal, y a ello aplica Antonio Cabrera la desbordante imaginería sensorial de todos y cada uno de los poemas. La descripción minuciosa arrastra la reflexión, celándola en ocasiones, para constatar que no sirven sólo las palabras, ese «muro de palabras», le dice a su mente en «Espejo de la concentración», «que supiste acallar», que es ficticio el orden instantáneo que el pensamiento impone en lo real: el errático vuelo de unos charranes, en «Aves marinas», logra «hacer añicos / tanta ficción de orden y quietud». La pertenencia verdadera se afirma, pues, desde la corporeidad. Así, el «Hombre que corre» doblega el mundo «con sólo hacerle caso al vaivén de mis piernas, / al modesto compás / de lo que soy».

Y en «El suelo es la verdad» hallamos una intuición clave de esa pertenencia. De la misma forma que Jorge Guillén concluía en la décima «Perfección» «El pie caminante siente / la integridad del planeta», Antonio Cabrera extiende una constatación semejante en «El suelo es la verdad». La mirada contempla el panorama pero es el pie el que trasmite otra forma de verdad al pensamiento: «Crujieron / bajo mis suelas / las lascas de caliza. // Coronada / la altura del collado, / el valle verdiazul / se dio a mi alma ansiosa. / Pero entonces, / con invisible mueca más atenta, / pensé en las lascas de caliza, / pensé en el puro suelo, / el nunca redimido, // donde están la firmeza y su murmullo / y no hay mente juntando río y llano / y ávida expectación, / hay solo lo cerrado, / lo que no entrega imagen, // el rocoso sostén/ que no palpita, la verdad / antes de su significado, // solemne / de pétreo solemnidad, / dura / de dureza completa».

¿Cómo dar cuenta, pues, de la pasión de realidad que alimenta el pensamiento poético? Antonio Cabrera despliega una palabra poética que potencia la riqueza de sus imágenes y la precisión descriptiva para devolver realidad trascendida en poemas a las incitaciones exteriores del mundo observado, impenetrable en su esencia, como constata de nuevo en el citado «Espejo de la concentración»: «Las veces en que todo se reduce / a sólo lo que importa, / oigo un zumbido cerca, pero lejos. / Las palabras eligen camuflarse en los objetos / –de impronunciado corazón– y así / consiguen envolverme; / convertidas en quieta nebulosa, / muestran su espalda, denegadas, yermas».

Aunque no es frecuente la metapoésia en Antonio Cabrera, la emocionante «Visita a Francisco Brines en Elca» une el homenaje al querido maestro de muchos de nosotros, el homenaje a su casa escrita y a su casa real, a la experiencia de la lectura de su poesía confrontada con la visita a los espacios brinesianos: «En nuestra mente abrieron sus poemas / un cielo compasivo; del cielo que ahora vemos / procede otra piedad más ceñida y estéril». La poesía crea realidades otras, comunicables, ante la indiferencia, ante el estar en sí de las cosas reales. Y esa es la gran incógnita que para Cabrera late en la escritura: «¿Cómo pasan al poema las cosas que suceden? / ¿Qué ocurre / después de la poesía / en el pino, en el huerto o en las rosas? / (...) / el hombre que nos muestra las llagas del ciprés / que en un verso fue vida / ¿a qué exacto lugar nos invitó / cuando nos dijo «Bienvenidos»?».

La perspectiva elegíaca, que siempre puede advertirse en la poesía anterior de Antonio Cabrera, está presente con mayor fuerza en Corteza de abedul, vehiculada por la conciencia de la temporalidad, del individuo efímero en medio de una naturaleza siempre renovada –«Perséfone vigila»– y cuya misteriosa presencia exaltan los sentidos. La corteza de abedul que abre el libro «está muerta a la manera viva / de la materia vegetal, de corrupción difusa», la Sombra simbólica de la luz de la tarde, en «No ha de negarte», el simbólico buitres de «Interludio», la reflexión que sucede a la descripción de unos lirios amarillos (a José Luis Parra, *in memoriam*) –«Los lirios dejan que mis ojos hallen / en cada cosa / el culmen que la exalta, // la labor de su imán, // el tuétano tenaz / de lo que al cabo muere»–, y tantas otras referencias diversas subrayan la conciencia elegíaca del tiempo a lo largo de nuestra lectura. Las cosas todas, en el virgiliano «*Sunt lacrimae rerum*» exhalan a los ojos del poema un agudo sentimiento melancólico del tiempo: «Inerte o vivo, qué más da, / todo acaba exhibiendo alguna vez sus lágrimas».

Dos poemas magníficos de entre mis preferidos concentran ese sentimiento: «Elegía junto a una sabina» y «Manchas de sol sobre una tumba». La sabina, en el primero, «mármol

con savia, faz impenetrable, / en su resina va el perfume / de la traición futura, densa / como una miel de asfixia, ámbar / como un ocaso capturado / cuyo final, que nunca llega / llega: parece interminable / y sin embargo llega y cede / ante la arbórea eternidad». «Manchas de sol sobre una tumba» ya nos desvela en su mismo título la propuesta de este sensitivo mental. No importa tanto la presencia de la muerte individual cuanto la naturaleza que la alberga. Tampoco importan los nombres «cuyas inscripciones / son fragmentos de letras, / porciones de los números, relieves / de sentido azaroso o que no dan sentido / y donde no se acuñan con esmero la muerte / ni sus lemas tajantes». No es el sepulcro lujoso, prestigioso, de algún poema novísimo, sino la presencia anónima de la muerte acogida al abrigo protector de una naturaleza poderosa. Y lo que ven los ojos es una forma de duración que triunfa en sol y en verano sobre la muerte, aparte: «Es el triunfo del sol y del verano: // en círculos de luz, la intromisión / de la pujanza, / un lacre de calor y claridad / sobre la losa, // mientras la muerte // se retira elegante // hasta la broza yerta».

Esa naturaleza poderosa es la que se opone y triunfa sobre todo sentimiento elegíaco al final del libro, en el penúltimo poema, «Demasiada primavera». Reafirma el poeta el poderío de la realidad natural con el protagonismo de las aves que materializan el resurgir de la primavera: «El ruiseñor legisla desde el éxtasis. / La golondrina irónica rasea. / El vencejo, más alto, se proclama / en la misma jactancia de lo vivo. / Flores rientes. Cercanías hondas (...) / Mis latidos no bastan, primavera: / sé que me evitas al mostrarme tanto. / Qué bien sabes excluirme en este margen en el que me colocas (...) / Ah demasía, / ¿cómo voy a rozar siquiera el mundo / mientras está reverberando entero?». Situado en el margen de la exultante primavera el poeta constata su pequeñez de individuo ante el triunfo de una realidad que desborda la intimidad, pero para incluirlo también, como se intuye en «Desvío hacia un manantial»: «Esperaba este acuerdo, mi engranaje / con el agua que brota y brota y brota».

Exclusión y pertenencia en tensión, los poemas de Antonio Cabrera van creando su propia imagen en la sucesión de los seres y de los escenarios. Todo el conjunto implica en su estructura una salida de la intimidad en la que nos sitúa el primer poema —«Traje a casa corteza de abedul / para tener al lado, junto a todo lo mío, / una cosa que fuera lo contrario / a mí»— y un regreso a esa misma intimidad en el «Autorretrato» que cierra el libro: «Entro en mi casa (...) / Tomo asiento. Se rehacen mis facciones. / Soledad, ahora sí, / ya puedes ser el fondo informe y fiel / de mi retrato». Soledad última, sí, soledad de la mente —esa palabra protagonista hasta seis veces a lo largo del libro—, y que sólo aparece

cuando la conciencia se desnuda de la inmensidad de estímulos que los sentidos han otorgado a su protagonista. La queja frente a la complacencia, la plenitud frente al despojamiento, en una tensión que deja abierto el libro más allá de su rotunda conclusión.